

Naturaleza y agricultura en la novela *Juan de la Rosa*

Carlos Crespo Flores¹

Resumen

Los estudios y análisis de la novela *Juan de la Rosa* del escritor cochabambino Nataniel Aguirre, la relacionan como una novela histórica que retrata la construcción de la nacionalidad boliviana, excluyendo lo indígena y priorizando lo mestizo criollo. El trabajo, a través de una lectura ecocrítica y bioregional, evidencia que en el libro son relevantes las descripciones paisajísticas, de la vida cotidiana y material de la población local, la cultura local valluna. Asimismo, la novela es muy rica en descripciones y reflexiones del paisaje y cultura del valle de Cochabamba; se sostiene que aspectos ecológico sociales de la bioregión valluna emergen en la obra. Constituye un documento que provee información, así como insumos de análisis, para entender la ecología del valle cochabambino durante ese periodo (principios siglo XIX), su dinámica de funcionamiento e interrelaciones, las transformaciones de la naturaleza resultado, o no, de la intervención antrópica. Por otro lado, el texto permite sacar a luz aspectos de la vida material durante ese periodo, tanto prácticas sociales, productivas, gustos, como usos y costumbres, tomando en cuenta los estratos sociales existentes en la ciudad de Cochabamba y su entorno.

Palabras clave: Nataniel Aguirre, *Juan de la Rosa*, valle Cochabamba, cultura, paisaje, naturaleza, bioregión, ecocrítica.

Nature and agriculture in the novel *Juan de la Rosa*

Abstract

Studies and analysis about Nataniel Aguirre's novel *Juan de la Rosa*, consider it as a historical novel that portrays the construction of Bolivian nationality, although excluding the indigenous and prioritizing the mestizo creole. The document, through an ecocritical and bioregional reading, shows the importance in the book of landscape descriptions,

1 Investigador CISMAF-ESFOR.

the daily and material life of the local population, the local culture of Cochabamba's Valley. Social and ecological aspects of the bioregion emerge in the novel. It constitutes a document that provides information, as well as inputs for analysis, to understand the ecology of the Cochabamba valley during that period (early 19th century), its dynamics and interrelations, the transformations of nature result of anthropic intervention. On the other hand, the text brings aspects of material life during that period, social and productive practices, uses and customs, according social strata in the city of Cochabamba and surroundings.

Keywords: Nataniel Aguirre, *Juan de la Rosa*, Cochabamba valley, culture, landscape, nature, bioregion, ecocriticism.

Introducción

La novela *Juan de la Rosa*, del escritor cochabambino Nataniel Aguirre, es una de las más leídas en el país; forma parte de los textos de lectura en el sistema educativo boliviano. Es parte del canon literario que representa la construcción de la nacionalidad.

El libro es ubicado dentro la literatura romántica de la tercera etapa, que comprende entre 1879-1928 -año de la muerte de la escritora Adela Zamudio-. Uno de los rasgos que lo conecta con el romanticismo es, según Gaby Ballejo, “la descripción detallada de rostros, lugares, objetos” (Vallejo, 1987). Del romanticismo y realismo hereda la conciencia de su escritura y el deseo de borrar las fronteras entre el lenguaje y la realidad, la literatura y la sociedad. El costumbrismo, por su parte, faculta la circunscripción de rasgos diferenciales y positivamente rescatables de un horizonte social específico y demarcado por sus particulares rasgos. En conjunción con las otras dos marcas, romanticismo y novela histórica, la obra *Juan de la Rosa* logra dar al lector una eficaz perspectiva de lo propio nacional, asociación eficaz que ha sido siempre puesta de relieve por la crítica.” (Rodríguez, 2008, p. 65-66).

Considerada una novela de su periodo maduro (Guzmán, 1981, p. 42), es autobiográfica (Arze, 1981, p. 189), “ejemplar y clásica en su género” (Guzmán, 1981, p. 42). Por su parte, Edmundo Paz Soldán la clasifica dentro del género de la novela histórica, ya que es una recreación del pasado (Paz Soldán, 2017, p. 30)².

Augusto Guzmán destaca la “armonía y equilibrio que guardan los hechos y personajes reales...” (Guzmán, 1981, p. 42)³. De acuerdo a Raúl Botelho Gonsalvez, la novela ha sido escrita “con soltura y elegancia...” (Botelho Gonsalvez, 1960, p. 22), mientras,

2 El Realismo-Naturalismo hispanoamericano encuentra en la novela histórica camino fértil para su afán de aproximación a las lacras de la sociedad de su tiempo. Anhelando de esa manera acercarse de lo real, le propone cambios, aunque sean para el futuro. Forma parte del periodo realista-naturalista hispanoamericano el género novela histórica. Dicho género tiene larga reproducción a partir del Romanticismo, tanto en Europa como en América (ver Corrêa de Souza, Alessandra & Prado da Silva, Luciano (s/f)

3 La historia de Juanito y del pueblo de Cochabamba están entrelazadas (Guzmán, 1981, p. 42).

Roberto Prudencio habla de una novela llana y sin alardes, medida en sus vocablos, composición, efectos, escenas revolucionarias e idilios amorosos (Prudencio, 1974/1939, p. 150), que huye del sentimentalismo y expresiones verbales desmesuradas, aunque sin caer en el realismo (Prudencio, 1974/1939, p. 149).

Definido como un libro canónico de la literatura boliviana (Bari, 2010), ha sido incluida entre las 10 “novelas fundamentales” bolivianas (ver Mesa Gisbert, 2004). Menéndez y Pelayo la consideró “la mejor novela histórica hispano-americana” del siglo XIX (en Botelho Gonsalvez, 1960, p. 22). Augusto Guzmán la califica “al lado de las mejores novelas de América” (Arze, 1981; Prudencio, 1974/1939, p. 150). “Tal vez la mejor novela que se ha escrito en Bolivia”, la considera Roberto Prudencio (1974/1939, p.148). Sergio Almaraz habla también de la “frescura, el sereno romanticismo ensamblados con un severo análisis histórico”, de la novela, “insuperada hasta hoy” (2009/1961, p. 537).

Se argumenta que los estudios y análisis de la novela *Juan de la Rosa* en general la relacionan como una novela histórica que retrata la construcción de la nacionalidad boliviana, excluyendo lo indígena y priorizando lo mestizo criollo (Bari, 2001). Tomando en cuenta que es una obra donde son relevantes las descripciones paisajísticas, de la vida cotidiana y material de la población local, la cultura local valluna, llama la atención, y es uno de los alcances del presente trabajo, la ausencia de lecturas socio ambientales. Asimismo, la novela es muy rica en descripciones y reflexiones del paisaje y cultura del valle de Cochabamba; se sostiene que aspectos ecológico sociales de la bioregión valluna emergen en la obra. Constituye un documento que provee información, así como insumos de análisis, para entender la ecología del valle cochabambino durante ese periodo (principios siglo XIX), su dinámica de funcionamiento e interrelaciones, las transformaciones de la naturaleza resultado, o no, de la intervención antrópica. Por otro lado, el texto permite sacar a luz aspectos de la vida material durante ese periodo, tanto prácticas sociales, productivas, gustos, como usos y costumbres, tomando en cuenta los estratos sociales existentes en la ciudad de Cochabamba y su entorno.

El texto es un avance de una investigación en curso, desde el enfoque bioregional y ecocrítico (Crespo y Crespo, 2020). La primera parte del documento es un estado del arte de los principales estudios y reflexiones acerca de la novela. En la segunda, se destaca la influencia del paisaje y la cultura valluna en el pensamiento de Nataniel Aguirre. Es en la tercera y última sección, donde se profundizan aspectos del paisaje, la naturaleza, en particular la flora valluna, en la obra literario de Aguirre, además de enfatizar aspectos de la agricultura en su relación con la vida material de la gente, en el periodo. Lo que no es tratado en el presente trabajo, son la gastronomía, las construcciones, o el debate del mestizaje, que serán presentados en el estudio final.

Ausencia de lecturas socio ecológicas en los estudios de la novela

Luis H. Antezana señala que “la novela *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre, ha sido y es leída y argumentada de manera distinta, de acuerdo a los criterios que se utilizan.” (Antezana, 2015, p. 155). Pero, revisados estudios y análisis de la novela *Juan de la Rosa* se colige la ausencia de lecturas ecológicas y desde la vida material de la población local.

En general se han priorizado comprensiones político ideológicas, étnicas y/o nacionales. La novela como el retrato de la construcción de la nación boliviana, con una sensibilidad mestizo criolla. Veamos.

Para Camila Bari (2010, p. 1) *Juan de la Rosa* se halla dentro “las novelas representativas de la formación de las nacionalidades que surgieron después de la independencia en la América Hispana”⁴. Para Baptista Gumucio, es un cantar de gesta boliviana (Baptista Gumucio, 2012, p. 19; Skinner, 1999). Estamos hablando de una novela fundacional de la nacionalidad boliviana, en el sentido de que pretende mostrar los orígenes y criterios (situación histórica, política, económica y social, pensamiento e ideología), así como las luchas y enfrentamientos contra el poder colonial, de la que nació “la patria libre del yugo español” (Rodríguez, 2008, p. 66-67). Según Bari, deslinda en la novela el concepto de república, todavía ligado a la independencia, de la idea de nación boliviana relacionada con el estado nacional moderno que según la autora surge solo después de la guerra del Pacífico (Bari, 2010, p. 1). Ximena Soruco considera que es una “obra escrita con el propósito de refundar el país después de la Guerra del Pacífico” (2011, p. 74). Para Edmundo Paz Soldán: “la novela, más que ofrecer un informe de los hechos históricos de 1810, constituye un registro del modo especial en que se pensaba la nación boliviana y sus orígenes durante la época en que se escribe la obra.” (en Tenorio, María, 2001, p. 2). Relacionando con el denominado “proceso de cambio”, según Jaime Omar Salinas, la novela es “esencial para entender los debates en torno a la construcción del proyecto boliviano de modernidad a lo largo del siglo XX y de la identidad cultural del Estado pluricultural del siglo XXI” (Salinas, 2015, p. 1). Aunque, según Soruco, la utopía nacional en *Juan de la Rosa* “no es teleológica”, pues no contrapone “la barbarie caudillista (y mestiza) frente a la civilización letrada liberal, sino un tiempo circular, de retorno al pasado mítico, para desde allí proyectarse al futuro” (Soruco, 2011:75). Por su parte, Martín Mercado introduce la dimensión emancipatoria desarrollada por Cornelius Castoriadis, como una respuesta innovadora y positiva al problema de lo nacional (Mercado, 2015), dimensión emancipatoria que Castoriadis propuso en su concepto de “imaginario”.

La importancia de la educación asociada a la libertad ha sido analizada en la novela: “La imagen del conocimiento letrado como luz es recurrente en *Juan de la Rosa* (Pareja, s/f). La obra de Aguirre, como narración en torno a conflictos de identidad de sus jóvenes, protagonistas también ha sido examinada (Salinas, 2015, p. 1); de acuerdo a Omar Salinas, la novela de Aguirre, construida como una narración de búsqueda de identidad del niño protagonista, propone un proyecto de nación basado en los valores patrióticos de los héroes cochabambinos (Salinas, 2015, p. 3).

Las expresiones musicales en la novela también han sido investigadas por Beatriz Rossells, en particular el huayño y el yaraví; una lectura desde la “música de origen indígena que aparece en ella casi inadvertidamente, en medio de la densa narrativa de una compleja sociedad novecentista, marcada por los conflictos sociales y familiares y la revolución independentista” (2015, p. 83)

4 A las que Doris Summers llama “romances fundacionales” (Bari, 2001, p. 58)

El medio original de difusión de la novela, el folletín en las páginas de El Heraldito (Cochabamba, 1885), también ha sido motivo de estudio, particularmente en el contexto del debate sobre la autoría de Nataniel Aguirre. Fernando Unzueta “rescata la cultura de los folletines en El Heraldito y otros periódicos para contextualizar mejor los debates sobre autoría, y examina algunas lecturas críticas tempranas del libro publicadas en la prensa, buscando una “mejor comprensión de la obra como novela nacional” (Unzueta, 2015).

Juan de la Rosa puede ser leída también desde el aporte de la región valluna a la independencia; su visión de lo nacional se construye desde la bioregión valluna, el paisaje valluno. La relectura que propone Blanca Wietüchter en el libro *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana* (2002), va en ese sentido: enfocar la novela más que como proyecto nacional, como obra inaugural de un territorio imaginario, cómo la representación fundacional de la ciudad de Cochabamba abre más perspectivas para valorar otros numerosos aspectos que construyen la especificidad de esta parte del territorio del país (en Rossells, 2015, p. 84): “Con la rememoración de los actos independentistas se recuperaba el pasado glorioso de la región y gracias a su evocación y actualización Cochabamba adquiría presencia legítima en el diseño de la nación futura (Rossells, 2015, p. 84). Como arguye Laura Gotkowitz, en la novela de Aguirre se nota una preocupación por las tradiciones regionales de rebeldía y patriotismo que se consideraron fundamentales para la formación de la nación boliviana: *Juan de la Rosa* recuerda las hazañas de las luchas cochabambinas por la independencia para sugerir la fundamental importancia de estas tradiciones regionales para la formación del estado-nación boliviano” (en Salinas, 2015, p. 2). Según Irurozqui, “el patriotismo fue una forma de dotarla (a Cochabamba) de argumentos para que no quedase al margen de la nueva elaboración nacional, sobre todo en un momento en que la práctica del liberalismo económico estaba afectando a su desarrollo de manera negativa (1998, p. 192). Desde una perspectiva de género, Ximena Soruco considera que “la voz más fuerte de esta narrativa es la mujer en tanto madre y esposa” (Soruco, 2011, p. 79).

Pero, el mismo Nataniel Aguirre enfatiza la idea de que la novela va más allá de la nación, y orienta a tomar atención en la vida material de la gente. En la imaginaria carta que envía el protagonista Juanito, ya mayor, a Nataniel Aguirre, pide que en la historia de su vida se encontrará “detalles interesantes, un reflejo de antiguas costumbres, otras cosillas, en fin, de que no se ocupan los graves historiadores” (pp. 52).

Influencia del paisaje y la cultura valluna en Nataniel Aguirre

Nataniel Aguirre nació en Cochabamba, el 14 de octubre de 1843, falleciendo el 11 de octubre de 1883. Desde pequeño estuvo en contacto con la naturaleza del valle⁵, pues su familia tenía una hacienda en Chimboco-Huayllani (Díaz Machicao, 1945/1972, p. 20). Y en la ruta a la residencia rural, “entre las penumbras que le brindaban los eucaliptos, los molles y las jarcas y, al fin, solía allegarse a la casa de hacienda, con sus grandes

5 “Cochabamba se adormecía entre la fronda de sus huertos y el aroma de sus jardines, cuyas flores llevaba la virtud femenina al altar de Nuestra Señora de las Mercedes” (Díaz Machicao, 1945/1972, p. 26).

corredores y sus nidos de palomas” (1945/1972, p. 22). El valle de Cochabamba a inicios de la primavera, donde creció Aguirre: “corría septiembre, luciendo su gala de primavera en huertos y jardines. Los tarcos florecían copos azules y transponían coquetonamente el muro de barro de sus bellas prisiones. Las *achiras* ponían su nota roja, rebelde, junto a los paseos y los caminos. Los durazneros estaban en flor, rosados y gráciles, temblando a la brisa cálida de las campiñas” (1945/1972, p. 20), en suma, el paisaje que, según su biógrafo, Aguirre habría bebido, “cielo azul, montañas violetas que buscan mansamente el punto más cercano a las nubes en la cresta del Tunari” (1945/1972, p. 25). El autor de *Juan de la Rosa*, nos dice Porfirio Díaz Machicao, “se entregaba a la vida cordial que le brindaban las campiñas, posando la mirada sobre la promesa, llena de aromas, de los huertos cultivados.” (1945/1972, p. 22). De niño, Aguirre paseaba por la colina de San Sebastián, así como por los huertos de Abalospampa, que llegaban hasta la Muyurina e “incitando seguramente a los suyos a transponer un cerco para alcanzar la copa cargado de duraznos de algún árbol amigo” (1945/1972, p. 27). “Entonces, su adolescencia se consubstanció con la tierra y sus árboles. Con la humildad y sus gentes. Con el dolor y sus torcedores. Con la política y sus veleidades” (1945/1972, p. 40)⁶. Díaz Machicao asocia el hogar antiguo de Aguirre, “de los que proliferan como los brazos fuertes de los molles que sostienen los parrales” (1945/1972, p. 20). Nótese la comparación que realiza entre la fortaleza del valluno con la técnica de producir uva en el valle, un dispositivo para control de enfermedades.

Por otro lado, Nataniel Aguirre conocía la cultura de los colonos, así como la mestiza de los pueblos y ciudad de Cochabamba: “A la amanecida comenzaba el movimiento de la casa. Los indios de Huayllani llegaban con los productos del campo o traían las novedades de las faenas agrícolas o algunas historias de los vecinos de Sacaba” (Díaz Machicao, 1945/1972, p. 20). Temas como la lluvia, la crecida del río Rocha, eran comunes en la temporada de lluvias (1945/1972, p. 20):

Y vieron sus ojillos vivaces, de muchachote favorecido por una fisonomía de inmenso atractivo, llegar a la casa de sus mayores al indio que solía sentarse en un ángulo del anchuroso patio y rasgar las notas simples del “charango”. Quedábase mucho tiempo escuchándole, atentamente, atraído por la dulzura arrobadora de la música, mientras su imaginación construía los primeros palacios de la fantasía... (Díaz Machicao, 1945/1972, p. 26)

La música popular fue parte de su niñez: “Esa ciudad... fue la que adormeció sus noches infantiles cuando las nodrizas criollas, al amor de la lumbre, entonaban la letra dolorida de algunos yaravíes.” (1945/1972, p. 26). Asimismo, escuchaba historias alrededor del fuego de la cocina (1945/1972, p. 26).

Es en este ambiente de la hacienda, de lo rural, donde “la experiencia que tiene el niño ... es de libertad y de cariño...” (Paz Soldán, 1997, p. 71), donde Aguirre construye una representación de lo rural como el espacio donde el protagonista adquiere el conoci-

6 “Y fue cuando solía adormirse bajo la arboleda de Huayllani para trazarse en la mente el camino de colores de la primera juventud” (Díaz Machicao, 1945/1972, p. 40)

miento sobre su origen, su familia y la causa patriótica” (Salinas, 2015, p. 16). Es decir, su visión de lo nacional se construye desde la historia y la cultura regionales (Salinas, 2015, p. 2). Para Roberto Prudencio la impronta de cierta dulzura melancólica y sentimentalismo en la novela, más que producto del romanticismo, sería resultado, no solo del recuerdo “de épocas heroicas a que el relato se refiere”, sino “del ambiente valluno” (Prudencio, 1974/1939, p. 149-150), de lo que denomino “cultura bioregional”.

Gaby Ballejo ya destaca la importancia de las “las descripciones paisajísticas, rurales y urbanas” en la novela (Ballejo, 1987, p. s/n), mientras José Antonio Arze afirma que, además del “civismo mestizo”, “al través de los recuerdos infantiles de Juanito, ... nos pinta con maestría aún no superada, las bellezas exuberantes del valle cochabambino” (Arze, 1981, p. 189). Esta huella es la que sigo en lo que sigue.

La bioregión valluna en la novela

El periodo narrado por la novela, es entre 1809 y 1812 (Arze, 1981, p. 189), principios del siglo XIX. Los estudios históricos regionales evidencian que a lo largo del siglo XIX apenas se observan cambios demográficos y en las configuraciones del paisaje y de la calidad ambiental en la ciudad y su entorno (Larson, 1992).

1.1. Paisaje y naturaleza

Llama la atención el conocimiento que Nataniel Aguirre posee de la naturaleza del valle cochabambino y su biodiversidad; realiza descripciones precisas del paisaje, clima, flora y fauna. Este conocimiento está conectado con el profundo amor que Aguirre siente por el valle. Para él no hay otro lugar en América como Cochabamba, “cuyas bellezas sobrepasan a las que esta puede concebir” (p. 157)⁷. Y, a través de Juanito queda extasiado del valle cochabambino, “ante el dilatadísimo y espléndido panorama que se ofrecía ahora a mis ojos, y exclamé:

—¡Oh!, ¡qué hermoso!” (pp. 155).

El saber y sensibilidad de Aguirre con el valle cochabambino lo evidenciamos con claridad en una descripción del panorama, realizada por Juanito previo a la batalla de Amiraya, mientras se dirige con los familiares arrenderos hacia Las Higueras-Sipe Sipe. Está ubicado en una parte alta y narra de la siguiente manera:

El sol brillaba en medio de un cielo tan límpido como solo se puede contemplarlo desde allí, en la estación seca del invierno; ni la más ligera exhalación se elevaba de la tierra por el aire sereno y trasparente; mis ansiosas miradas podían esparcirse libremente en un semicírculo de un diámetro de más de quince leguas.

La cordillera interior, llamada *real* de los Andes, venía a mi derecha con una altura uniforme; se levantaba y deprimía a trechos cerca del Tunari; tomaba su mayor altura

en los picos de este, que encierran la nevera que se distingue a grandes distancias como una perla engastada en azulado esmalte. Deprimíase más hondamente en seguida, en las quebradas de Chocaya; volvía a levantarse, para continuar al NO y arrojar al E, en línea recta, el ramal tan alto como ella misma en que yo estaba, y que se perdía a lo lejos, no sin elevarse bruscamente en picos más altos y cubiertos de nieve que el Tunari, donde toma el nombre de *Yurackasa*, o sea de las Abras Blancas.

Los contrafuertes de estos dos grandes ramales, prolongándose a veces en cadenas de cerros, acababan de formar con ellos los cuatro valles de Caraza, Cochabamba, Sacaba y Cliza. Entre el primero de estos y el segundo brillaba, en una depresión de los cerros, la gran laguna de Huañacota. Sobre el de Cliza, al confín del horizonte, veíanse reverberar, también, los lagos de Vacas.

El fondo de los valles, las llanuras que encierran, las faldas más bajas de los montes debían ofrecer a la vista, en la estación lluviosa del verano, todos los matices del verde desde el más sombrío hasta el amarillento, con los huertos, los bosques de sauces, los sembrados de toda especie que entonces contienen. En la de invierno, en que yo los admiraba, presentaban grandes manchas de verde oscuro en las partes pobladas de árboles vivaces, entre los que se distinguían los rojos tejados y campanarios de las aldeas. El resto cubierto de rastrojales, o ya enteramente despojado de toda vegetación, presentaba los matices más variados de musgo y amarillo, desde el más opaco hasta el blanco de las eras. Desde el punto en que yo estaba se descubría la parte sud del valle de Caraza; la mitad más hermosa del de Cliza, desde la villa de Orihuela; casi todo el de Sacaba, menos uno de sus más bellos rincónsitos: el del Abra; todo, absolutamente todo el de Cochabamba, con sus menores detalles. Podía yo dibujar en el papel su configuración, el curso de los torrentes y de los ríos, el plano más perfecto de los pueblos del Pazo, Sipe Sipe, Quillacollo, Tiquipaya y Colcapírhua.

La reina de aquellos valles, la ciudad de Oropesa de Cochabamba, se extendía al confín del valle de su nombre, a los pies de la cadena de cerros que separan a este del de Sacaba. Uno de sus barrios, el del sud, se perdía entre las graciosas colinas de Alalai y San Sebastián; el del oeste llegaba hasta las barrancas del Rocha; los del norte y del oriente desaparecían en medio de huertos y jardines. Entre las altas columnas de los sauces llamados de Castilla, sobre las copas de los más bellos sauces indígenas y de los frutales, se levantaban sus blancas torres, los rojos tejados de sus numerosas casas. Al frente de la ciudad, separado de ella por el lecho del Rocha, exhausto con las sangrías que reparten sus fecundas aguas, se extendía, en fin, hasta cerca del pie de la cordillera, adelantándose hasta él mismo por la quebrada de Taquiña, el frondoso vergel de Cala Cala, sobre cuyos bosques de eterna verdura se levantaban dos o tres grandísimas copas de diez veces centenarios ceibas (p. 155-157).

El valle de Cochabamba estás rodeado de la cordillera en su lado norte y noroeste; es una de las marcas físicas de esta bioregión. De ahí que para el cochabambino valluno la montaña está presente en su mapa mental, rodeando la ciudad, como la descripción de la novela nos muestra. Yurac Kasa, según Federico Blanco, es un “pico muy elevado en

la cordillera de los Andes, que atraviesa la provincia del Chapare”. Está en el cantón de Colomí” (Blanco, 2003/1901, p. 235). Las nieves eternas del Tunari y otros picos altos de la cordillera real de los Andes, descritas por Aguirre, prácticamente han desaparecido, no existe más la “perla engastada en azulado esmalte”. Asimismo, el lago de Huañacota está seco y Vacas es un solo lago. Otra evidencia del paulatino proceso de pérdida de humedad y desertificación que ha sufrido el valle.

Aguirre está describiendo los cuatro valles hoy existentes, separados por cerros: el valle de Sacaba, alto, central y bajo. El imaginario bioregional también se expresa en formas identitarias diferentes; son vallunos, pero tienen sus particularismos entre sacabeños, valles alteños, cochabambinos, valle bajeños; y al interior mismo hay matices: un quilla-colleño y un sipe sipeño mantendrán sus también sus diferencias.

Como describe el texto, la ciudad se halla enclavada entre cerros, es un valle cerrado, causa entre otros aspectos, del fenómeno de inversión térmica en invierno, haciendo que la contaminación atmosférica se incremente durante ese periodo. Es también clara la importancia del río Rocha en el mapa mental del cochabambino, ese momento borde y límite de la ciudad, y espacio por excelencia de socialización. La distinción norte sur desde el punto de vista paisajístico y de vegetación está presente; el norte y el oeste, como hoy, poseían mayor humedad y vegetación, destacando la hermosa campiña calacaleña.

Con gustos de “sibaritas y de poetas”, Juanito y sus amigos recorrían la ciudad y sus alrededores: “los perfumes de que estaba impregnado el aire tibio y húmedo nos embriagaban; la contemplación de las flores y el trino de las aves nos embelesaban” (p. 226). El goce de “las bellezas de esa madre tierra a la que tanto amábamos desde entonces” lleva a Juanito y sus amigos a despojar un rosal “de sus frescas y fragantes flores”; hacer con ellas “un mullido lecho debajo de un grupo de hermosas jarcas”, y revolcarse en él, “dando gritos de alegría”, mientras uno de ellos exclamaba “—¡Qué lindo sería dormirse así para siempre!” (p. 227).

Otro día, recuerda Juanito,

caminamos una legua para admirar el gran ceiba horadado del Linde. Medimos con un largo cordel el grueso de su tronco y vimos que era de cerca de nueve varas; entramos en el hueco, donde pueden caber más de doce personas; lo limpiamos y lo alfombramos de flores campestres; ensanchamos en óvalo perfecto una grieta elevada, por donde penetraba un rayo del sol. (p. 227)

En otro pasaje del libro, el narrador cochabambino nos recuerda la admiración de renombrados personajes con la acuarela valluna; el gobernador Francisco de Viedma que llamaba a Cochabamba como “¡la Valencia del Perú”, o Alcides D’Orbigny, para quien “esas llanuras sembradas de edificios, esos campos ricos y abundosos despertaron... la memoria de su patria!” (p. 157).

La sensibilidad con el entorno ambiental del valle es tal, que en *Juan de la Rosa* leemos una de las primeras proclamas ecologistas, llamando la atención de la destrucción del paisaje local:

El valle, especialmente en las cercanías de Quillacollo, era por entonces un bellísimo bosque de árboles frutales. Me dicen que mis paisanos destruyen torpemente las arboledas, para cultivar con preferencia el maíz; y que no plantan siquiera sus hermosos sauces indígenas o los álamos recientemente importados de la Carolina, al borde de sus espaciosas carreteras. ¡Y luego se quejan de que la tierra se les seca y ya no llueve! (p. 148)

Sin duda, la expansión de la frontera agrícola supuso la destrucción del bosque nativo y las especies introducidas durante la Colonia y República (Solares, 1990). Asimismo, directamente relaciona la sequía con la deforestación.

A lo largo de la trama encontramos breves descripciones, y en algunos casos menciones, a las condiciones climáticas y paisajísticas del valle en determinados meses del año, que aún las percibimos u observamos hoy.

El mes de Febrero lo denomina “generoso”, por las lluvias y el clima. Marzo y Abril los considera “benditos”, por las beneficiosas lluvias: “¡De cuánta gala sabéis revestir vosotros la hermosa tierra en que he nacido!” (p. 225) afirma. Del mes de Abril, los agricultores vallunos decían “tiene aguas mil, pero que no alcanzan a llenar un barril” (p. 239), pero también menciona a los ríos y torrentes desbordados (que) “no podían proteger ya a la heroica Oropesa” (p. 239).

Mayo es el mes del otoño en el valle; “ligeras nubes blancas como gasas flotantes, simétricamente plegadas a trechos, hacían menos deslumbradora la luz del sol, que aparecía como un punto blanco en medio de un círculo irisado, fenómeno frecuente en aquel cielo y aquella estación (p. 270). Aguirre refiere los matices del cielo, la luz solar y las nubes en este periodo del año, en el valle. Más aún, el autor vincula el sol y cielo cochabambino, con la construcción de la nación boliviana: “Si yo creyera que la naturaleza toma parte en las sangrientas luchas de los hombres, diría que ella anunciaba así la bandera de la república, que al fin debía llamear después de muchos años, gracias a ese y mil otros sacrificios que parecían insensatos...” (p. 270). Es la mirada de lo boliviano desde el valle, desde el particularismo bioregional a lo universal país.

Entre Mayo y Junio, aparece un fenómeno meteorológico nocturno extraordinario hacia la cordillera del Tunari, que “se observa con frecuencia desde los hermosos valles de mi querida tierra” (p. 327), y paulatinamente está desapareciendo con la reducción de lluvias en el valle, los relámpagos, poéticamente pintados por Aguirre:

Una nube pardusca se extiende sobre la cordillera del norte, y otras más tenues y rizadas encapotan el cielo, de modo que es posible descubrir al través de su nacarado velo las estrellas de primera magnitud. Aquella despide silenciosamente relámpagos, haces luminosos, que toman figura arborescente, alumbrando los menores objetos, con luz que parece más que la del día a los ojos mal dispuestos a recibirla en medio de las tinieblas. (p. 327)

Es la luz de uno de estos relámpagos que a Juanito le permite identificar la cabeza del gobernador Mariano Antezana, clavada en una picota (p. 327).

El autor conecta o atribuye estos relámpagos como “efecto de las furiosas tempestades que se desencadenan sobre las inmensas selvas, al otro lado de la cordillera” (p. 327). Estas lluvias, como se sabe, son fundamentales para el ciclo hidrológico del valle.

La radiante invernal iluminación solar en Cochabamba, a partir de fines de Junio-Julio, con un cielo aún más azul, también es puntualizada por Aguirre: “El sol brillaba en medio de un cielo tan límpido como sólo se puede contemplarlo desde allí, en la estación seca del invierno; ni la más ligera exhalación se elevaba de la tierra por el aire sereno y trasparente”. (p. 155)⁸. En otro momento Juanito señala: “el claro sol de aquella estación seca del año a la que llamamos invierno en mi país de eterna primavera, brillaba en mi cuartito, penetrando por la puerta...” (p. 295). Este sol de Junio es parte del paisaje de la batalla de Amiraya, donde los patriotas son derrotados. Ubicado en un morro de la localidad de Caramarca, Juanito recuerda que

El tiempo estaba despejado; ligeras nubes blancas, como copos de algodón, flotaban en el cielo; un viento recio pero limpio, soplaba, como de ordinario en aquella estación, de la quebrada de Viloma, y barría prontamente el polvo que se levantaba en el campo ocupado por las tropas; de modo que podíamos ver desde allí la gran batalla que ya era inminente. (p. 170)

Julio es un mes seco en el campo: “un día –debió ser por el mes de julio, pues los campos estaban casi enteramente deshojados de las abundantes cosechas de ese hermoso granero alto peruano–” (p. 70).

Agosto, otro mes áspero por la sequedad del ambiente en el calendario bioclimático valluno, pero no era óbice contemplar el entonces exuberante paisaje arbolado valluno. Juanito recuerda, en el viaje a las Higueras, “los hermosos campos que cruzábamos, aunque agostados⁹, bajo frondosos árboles siempre verdes, como los sauces, molles, naranjos y limoneros que bordaban el camino, distraían mi vista con los cuadros risueños y animados que le ofrecían por todos lados.” (p. 148).

Los áridos meses de septiembre y octubre, los define como “mezquinos de lluvias”, no impiden “que el sol sediento se beba toda el agua del Rocha y de las lagunas” (pp. 225). De hecho, el mes de octubre, con tardes calurosas, obligaba a salir “al fresco en la acera”, como en una plática de Rosita con don Francisco de Viedma (p. 57).

Asimismo, aparecen otros fenómenos climáticos.

- Inundaciones y sequías fueron parte de la historia climática del valle. La sequía de 1804, con “la miseria que había sufrido el país hacía dos años” (p. 57), es recordada por Rosita y Francisco de Viedma.
- Los vientos frescos de la cordillera del Tunari han sido claves en la regulación bioclimática del valle. Y Aguirre era perceptivo a ello. El amigo de Juanito, Lui-

8 “El claro sol de aquella estación seca del año a la que llamamos invierno en mi país de eterna primavera, brillaba en mi cuartito, penetrando por la puerta que yo no me había acordado de cerrar aquella noche” (pp. 295).

9 Viene de agostar. Dicho del excesivo calor: Secar o abrasar las plantas. Arar o cavar la tierra en el mes de agosto para limpiarla de malas hierbas.

sito Cros, apodado “El Overo” recuerda a Juanito que vive debajo de un techo que el protagonista veía por el óvalo de su cuarto, y que daba “luz de día y viento fresco del Tunari de noche” (p. 187).

- El duro frío altiplánico es retratado por la novela, así como la reconocida gran capacidad de resiliencia climática de los orureños:

El frío, cuando cae la helada como cayó entonces, hace gritar, hasta en este tiempo de calores, a las vicuñas. Dicen que por San Juan revientan con él las mismas piedras. Pero nuestros compañeros, los orureños, se reían de nosotros, y dejándonos guarecer en las casuchas, durmieron al raso, en el suelo pelado, como unos angelitos. (p. 116)

Apuntes sobre flora valluna en la novela

Juan de la Rosa es un libro que destila biodiversidad valluna por todo lado; especies nativas o introducidas, frutales, flores, pastos, de diversos colores y sabores, pasan por nuestros ojos. Es que Aguirre conocía bien el valle cochabambino, y en la novela lo disfrutamos. En el camino a su destierro en Las Higueras-Sipe Sipe, Juanito observa campos y “frondosos árboles siempre verdes, como los sauces, molles, naranjos y limoneros que bordaban el camino, distraían mi vista con los cuadros risueños y animados que le ofrecían por todos lados. (p. 148).

Existen muchas muestras que nos acercan a una caracterización de la flora del valle cochabambino; Juanito come con una cuchara de madera de naranjo (p. 150); el naranjo es una especie introducida por los españoles al valle, se adaptó en las zonas de yunga, pero también en los valles y cabeceras de valle húmedos, como Sipe Sipe. Es una madera dura, incorporada al acervo de objetos contruidos localmente, como la cuchara de madera descrita en la novela¹⁰, o la construcción de charango (p. 148).

En la misma casa rural donde está Juanito, observa una espina de algarrobo sobre el que suelen colgar “los zapatitos de bandana blanca” de la cholita Mariquita (p. 150). El algarrobo es una especie nativa en el valle seco y chaqueño. El texto muestra al mismo tiempo los usos prácticos que daba la gente a esta especie. Para conversar con Juanito en su taller de herrería, Alejo le hace sentar “sobre su cama, y (toma para sí) un banquito grosero, de tronco de algarrobo, con tres gruesas estacas que le servían de pies” (p. 133). Los cañones de estaño fabricados artesanalmente por Alejo y sus amigos, estaban montados sobre “cureñas, con ruedas de una sola pieza, de madera de algarrobo, como las de esas carretillas de trasportar piedras muy pesadas, con el auxilio de una yunta de bueyes” (p. 202). Además de cargar una “pesadísima y enorme cruz”, la corona de espigas que cuelga Alejo en su cabeza, como penitente en Viernes Santo, también es de algarrobo (p. 69).

Previo al ataque de Goyeneche sobre la colina de San Sebastián, despliega su ejército de más de 5000 hombres, “apoyando su derecha en el Ticti y su izquierda en las barrancas del Rocha, para adelantarse a paso de carga, de modo que las alas fuesen describiendo un

10 La cuchara de madera de naranjo era utilizada hasta fines de los 70's en hogares populares de la ciudad de Cochabamba.

semicírculo y se uniesen al fin al otro extremo de la colina de San Sebastián, encerrándola en un círculo de fuego y de acero, que se estrecharía destruyendo sin piedad a los patriotas” (p. 271). Lo más importante es que “el terreno... era un llano arcilloso, horizontal, nivelado por la naturaleza, en el que apenas se veían a trechos raquíticos algarrobos” (p. 271). Es probable que el algarrobo fuera en algún momento una especie dominante en esa parte del valle cochabambino, aunque esos años solo quedaban restos. La demanda de leña y carbón destruyó la flora nativa del entorno de la ciudad, desde la Colonia (Solares, 1990), aunque ello requiere profundizar estudios como parte de una historia ambiental del valle.

El molle, otra especie nativa se exhibe también de diversas maneras en la novela, en su forma natural como transformada. Cuando se dirigen hacia Las Higueras, a los pies de la cordillera junto al “terreno pedregoso”, Juanito observa “rastros de trigo y grupos de molles enanos” (p.154). En el taller de Alejo, “el yunque estaba clavado al centro en un grueso tronco de molle...” (p. 131).

Otra especie nativa, la jarca. El lecho de flores de rosa que elaboran Juanito y sus amigos para revolarse, es “debajo de un grupo de hermosas jarcas” (p. 227). En otra de sus travesías por el río Rocha, transportan de su orilla “hasta el centro de la plaza de San Sebastián una hermosa jarca de tres varas de alto”:

...y la plantamos allí, prometiéndonos regarla todos los días.

—Esto ha de ser muy lindo —decía Luis—, cuando este arbolito crezca y dé su sombra como los de Cala Cala, yo he de venir con mi uniforme... mi verdadero uniforme de brigadier, porque yo he de ser general sin remedio, y me he de sentar entre dos de sus ramas para ver los toros con que hemos de festejar a la patria. (p. 227)

Dos aspectos a estacar de esta escena. Primero, lo de Juanito y sus amigos puede ser considerado como una de las primeras acciones directas conservacionistas en la ciudad, y segundo, otra vez la naturaleza emerge asociado a la construcción de la nacionalidad: la jarca fuerte como símbolo de la patria.

Respecto a la ceiba, en la escena panorámica que Juanito observa, arriba transcrita, está “el frondoso vergel de Calacala, sobre cuyos bosques de eterna verdura se levantaban dos o tres grandísimas copas de diez veces centenarios ceibas” (pp. 157). Una gran ceiba en Linde era visitada por Juanito y sus amigos; llamada “el Patriarca” (p. 316), uno de sus rasgos era tener el tronco hueco, donde podían caber más de doce personas, su grueso medía “cerca de nueve varas” (pp. 227); “lo limpiamos y lo alfombramos de flores campestres; ensanchamos en óvalo perfecto una grieta elevada, por donde penetraba un rayo del sol” (p. 227), cuenta nuestro héroe. En esta ceiba, encuentra las iniciales CyA, “allí grabadas hondamente en la madera, al lado de la misma ventanilla” (p. 227); años antes, Carlos, Enrique (luego Fray Justo), Teresa y Rosita, estuvieron por el lugar, se refugiaron de la tormenta (p. 316). Posteriormente, oyendo en su mente “los acordes del violín de la casa vieja”, donde vivía su padre, aunque aún él no lo sabía, se transformaban en aquellas dos letras “tan misteriosas” “del cuadro de la Virgen, del anillo y del tronco del gigantesco ceiba” (p. 233).

Otra especie exótica, introducida por la Colonia, es el cedro (*Cedrus*)¹¹, un tipo de conífera pinácea, de cuya dura madera se construían muebles, puertas, ventanas. La noche anterior a la batalla de Amiraya, Juanito tiene un sueño: convertido en un gigante combatiente, y “armado de uno de los cedros de Tiquipaya, a guisa de *macana*, abatía centenares de granaderos con altas y velludas gorras de cuero (p. 159). En otra acción, cuando la multitud independentista, el día anterior al 27 de Mayo, saqueaba casas de *chapetones*, Juanito observa la gran puerta de la casa de doña Teresa, “que tenía muy lastimados sus gruesos tablones de cedro”, por las piedras del pavimento que habían sido arrojadas (p. 254).

En los huertos de las elites criollas se podían encontrar también especies introducidas. En uno de estos había un “banco de mirto que rodeaba un hermoso nogal” (p. 316). El mirto (*Myrtus communis*), localmente conocido como *arrayán*, también es utilizado como medicinal¹², mientras del nogal (*Juglans regia*), se obtiene madera, su fruto es la nuez, además de ser también medicinal (diarrea, parásitos).

A manera de alfanje¹³, una tarde, el niño Agustín se acerca para jugar al cuarto de Juanito, con un “tronco retorcido de membrillo” (p. 215). Otra especie frutal valluna introducida durante la Colonia, incorporada a la diversidad frutícola del valle cochabambino. Estaba presente en los huertos de las casas urbanas, casas de campo y haciendas. Actualmente, el membrillo se halla en proceso de desaparición.

Agricultura y vida material en la novella

La cultura valluna está relacionada con la exuberante naturaleza. Fray Justo le dice a Alejo cuando este pide retornar a Cochabamba: “¡es así! Tú y todos los *huauques* no pueden vivir sin ver lo verde, como animales” (p. 123).

En Nataniel Aguirre el campo¹⁴ está asociado a la libertad. Como hijo de hacendado, Nataniel Aguirre conocía la agricultura, era sensible a la tierra valluna productiva. Trasladado a la novela, se convierten en fotografías del funcionamiento del sistema productivo de entonces. Nuevamente, es desde esta cultura valluna, que, a través de Juanito, mira la nación, su proceso independentista.

El destierro de Juanito en Las Higueras/Sipe Sipe constituyó su escuela etnográfica para conocer el paisaje valluno y su vida material rural, interactuar con ella. En la ruta, observa una escena de pos cosecha, en el mes de julio, que aún se podía ver en el valle hasta la década del 80’:

Tropas de mujeres y niños pelaban el maíz o recogían el trigo en gavillas; reían alegremente; de vez en cuando resonaban ruidosas carcajadas, y más de una llegó distintamente a mis oídos el grito de ¡viva la patria! En los rastros pastaban numerosos

11 Diferente al cedro macho (*Cabralea canjerana*), que proviene de los bosques húmedos de Bolivia.

12 Entre otros, para el insomnio, nervios alterados, vómito, diarreas.

13 Alfanje. Especie de sable, corto y corvo, con filo solamente, por un lado, y por los dos en la punta.

14 “Campo” es el denominativo común para las áreas rurales.

rebaños. Recuas de asnos, con grandes costales, de cuyas bocas, no bien cerradas por la redecilla de lana, se escapaban las mazorcas más pequeñas, cruzaban en todas direcciones. Sus conductores, enormes y esbeltos hijos del valle, iban por detrás, con el grueso rebenque llamado *verdugo* en la mano; silbaban, daban gritos, para animar a las fatigadas acémilas. (p.148)

¿Quiénes son esos hermosos campesinos, alegres con la cosecha obtenida (hasta los asnos disfrutaban del rastrojo), embebidos de la idea independentista? Probablemente son arrenderos, como Pancho, que celebran una cosecha producida fuera del escenario hacendal, autónomamente. Son los futuros piqueros del Siglo XIX y parte del XX. Más aún, diría que en el párrafo está visibilizado este sector campesino como actor de la lucha independentista.

En la trilla también observa este ambiente festivo. La trilla era con bueyes, pues los caballos estaban reservados para la batalla. En todas las eras que Juanito pasaba, no dejaba de oír, “en medio de las alegres excitaciones de esa ocupación campestre, los gritos mil veces repetidos de: —¡Viva la patria! (p. 151-152).

La cebada es un cultivo introducido por los españoles, que se ha adaptado a los ecosistemas vallunos (y de otras regiones). Dentro de uno de estos campos de cebada, “no acabado de visitar por la hoz de los *colonos* del señor Cangas”, un criollo patriota, Juanito ve a Francisco del Rivero, Bartolomé Guzmán, Juan Bautista Oquendo y otros, en una reunión conspirativa (p. 70).

El origen rural, campesino, de Juanito, desde la vertiente española, debe ser destacado: Pedro de Alcántara Altamira, su abuelo,

nació de humildes padres labradores, pero cristianos viejos, sin gota de judío ni de moro, en un cortijo a orillas del Tirón, cerca de Logroño. ...Cuando niño apacentaba las ovejas; un poco más tarde cuidó de los bueyes del cortijo, y ya mozo le dieron a empuñar unas veces la azada y otras la manquera del arado. (p. 311)

Los términos de intercambio inequitativos entre la producción local y la colonial son destacados por Aguirre, en la voz de Fray Justo, como una razón más para separar la nación de la Corona. Para evitar la potencial competencia a “las producciones de la Península”, se prohibían determinados cultivos. Fray Justo sabía de “viñedos y olivares... arrancados o destruidos por el fuego” (p. 82). Asimismo, señalando un “lienzo de listado verde que sirve de sobremesa”, le dice que es “tocuyo de Cochabamba, llevado a España para teñirlo, traído con el nombre de angaripola, vendido a sus primitivos dueños a precio inconcebible, sin permitirles que hagan ellos mismos tan sencilla operación; he visto, en fin, derribados muchas veces los telares en que se teje pertinazmente ese tocuyo” (p. 82).

El campo y la agricultura operan también como terapia frente a la adversidad, el desamor; como Fray Justo, quien, para olvidarse de Rosita, recorre “como un loco por los hermosos campos en que trascurrió mi infancia. Vi una azada en un terruño medio labrado, y trabajé con ardor, todo el día, como nunca ha podido hacerlo el pobre indio que espera de él su propio sustento y el de sus hijos” (p. 320).

Conclusiones

Se ha establecido que la mayor parte de los estudios e investigaciones sobre la novela han ignorado los aspectos socio ecológicos y de la vida material de la población valluna, y se ha centrado en la dimensión político ideológico e identitaria de la construcción de la nacionalidad boliviana, el cantar de gesta de la “bolivianidad”, desde Cochabamba, visibilizando un imaginario mestizo. Aun aspectos culturales, como la música, o de género (el rol de las mujeres) tienen el sello de la construcción nacional y el patriotismo.

Nataniel Aguirre, como hijo de hacendados, desde pequeño tuvo contacto con el entorno ambiental valluno y sus habitantes, tanto indígenas como mestizos. Conocía bien la ciudad y el valle de Cochabamba, sus prácticas cultural religiosas, mitos y leyendas, que será operacionalizada en la novela.

Se ha analizado tres aspectos de la bioregión valluna que aparecen en la novela. Primero, el paisaje; el conocimiento que tiene Nataniel Aguirre de su entorno y su amor por el valle es destacable. Visualiza el carácter cerrado del valle, el río Rocha como un borde y límite de la ciudad, pero también como espacio de socialización. Asimismo, es posible distinguir la diferencia paisajística entre el norte y el sur de la ciudad de Cochabamba, anunciando un indicador de segregación espacial, rasgo de la organización territorial actualmente. Se encuentra una de las primeras denuncias ambientalistas, llamando la atención de la destrucción ecológica en el valle. Asimismo, es posible reconstruir el ciclo anual climático, relacionado con la actividad agrícola, así como otros fenómenos meteorológicos, como inundaciones, sequías, vientos, temperaturas. En segundo lugar, se profundiza aspectos de la flora valluna en la novela, identificando especies de plantas, nativas e introducidas. En algunos casos, esta identificación viene de objetos de uso cotidiano, contruidos con alguna especie forestal local. Finalmente se profundiza en la agricultura de la época (principios del S XIX), no solo de las haciendas, sino del emergente sector de pequeños productores, de origen indígena o mestizo, que arrendaban tierras y posteriormente constituirían los piqueros o campesinos independientes del valle de Cochabamba.

Referencias Bibliográficas

- Almaraz, S. (1961). *Buscando el De Profundis de una generación*. Plural Editores.
- Antezana, L. H. (2015). Inter y multidisciplinariedad. Algunos apuntes. *Estudios Bolivianos* (23).
- Arze, J. A. (1981). Dos joyas de la literatura boliviana: Juan de la Rosa por Nataniel Aguirre y Símbolos Profanos por Manuel Céspedes. *Escritos Literarios Comentarios y Semblanzas*.
- Baptista Gumucio, M. (2012). Cochabamba: evocación y homenaje. En M. Baptista Gumucio, *La ciudad de Cochabamba vista a través de viajeros y cronistas, S XVI al XXI*. Editorial Kipus.

Bari, C. (2001). Legitimación de la identidad mestiza en Juan de la Rosa: Memorias del último soldado de la independencia por Nataniel Aguirre. *XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas - AIH -*. 279

Bari, C. (2010). *Género, Independencia y litoral marítimo en Juan de la Rosa: Novela histórica fundacional de la nación boliviana*. UNESCO/ USMP/CEMHAL.

Botelho Gosálvez, R. (1960). Nataniel Aguirre y Juan de la Rosa. *Presencia Literaria*, p. 22.

Correa de Souza, A. y Prado da Silva. (s/f). *El realismo y el naturalismo en América (Parte II)*.

Crespo, C. y Crespo L. (2020). *Elementos para una historia ambiental del río Rocha. un enfoque ecocrítico y bioregional*. Centro Andino para la Gestión y Uso del Agua (Centro AGUA-UMSS).

Díaz M., P. (1945-1972). *Nataniel Aguirre*. Los Amigos del Libro.

Guzmán, A. (1955). *La novela en Bolivia. Proceso 1847-1954*. Juventud.

Guzmán, A. (1981). *Poetas y escritores de Bolivia*. Los Amigos del Libro.

Irurozqui, M. (1998). Sobre caudillos, demagogos y otros males étnicos. La narrativa *antichola* en la literatura boliviana, 1880-1940. *Anuario de historia de América Latina* (35).

Larson, B. (1992). *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1550-1900*. CERES/HISBOL.

Mercado, M. (2015). Imaginario y nación en la crítica literaria de la novela Juan de la Rosa (1885) de Nataniel Aguirre. *Estudios Bolivianos* (22).

Mesa Gisbert, C. D. (2004). *Las 10 mejores novelas de la literatura boliviana: La vuelta a la literatura en 10 mundos*. Plural Editores.

Pareja, R. (s/f). La luz del conocimiento nos hará libres. *Escritura, ideología e interpelación en Juan de la Rosa de Nataniel Aguirre y Juanito sabe leer de Jorge Ruiz*.

Paz Soldán, A. M. (1987). *Narradores y nación en la novela de Juan de la Rosa, de Nataniel Aguirre*. Editorial Iberoamericana.

Paz Soldán, E. (2017). 1967-1977. Turbulencias y escritura. En C. G. Chávez, *Un río que crece, 60 años en la literatura boliviana. 1957-2017*. Plural Editores.

Paz Soldán, E. (1997). Metáforas de mestizaje: los intelectuales bolivianos y la nación. De la guerra del Pacífico a la Guerra del Chaco. *Lucero* (8).

Prudencio, R. (1974-1939). Un gran escritor cochabambino. *Kollasuyo* (86).

Rodríguez Márquez, R. (2008). De mestizajes, indigenismos, neoindigenismos y otros: la tercera orilla (sobre la literatura escrita en castellano en Bolivia). *Tesis para optar el título de doctorado en Hispanic Languages and Literatures, en University of Pittsburgh*. Pittsburgh.

Rossells, B. (2015). La música indígena en la novela Juan de la Rosa. Entre la historia y la literatura. *Estudios Bolivianos* (22).

Salinas, J. O. (2015). una lectura de lo nacional desde lo popular en Juan de la Rosa. *Alternativas* (4).

Salinas, O. (2015). Rupturas y continuidades: La nación narrada desde la voz del niño patriota al joven marginal. *Estudios Bolivianos* (22).

Skinner, L. (1999). Closing History's Door: Nationality, Identity, and the Ears of Independence in Nineteenth-Century Latin American Historical Novels. *Revista Hispánica Moderna*.

Solares, H. (1990). *Historia, espacio y sociedad. Cochabamba 1550-1950. formación crisis y desarrollo de su proceso urbano*. Colegio de Arquitectos.

Soruco S, X. (2011). *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, S XIX y XX*. Institut Francais d'etudes Andines/Programa de Investigación Estratégica en Bolivia PIEB.

Unzueta, F. (2015). Juan de la Rosa y la cultura del folletín. *Estudios Bolivianos* (22).

Vallejo, G. (1987). Guía para el profesor y el alumno. En N. Aguirre, *Juan de la Rosa*. Cochabamba: Los Tiempos/Amigos del Libro.